

Hacia una crítica de la razón mítica.

El laberinto de la modernidad
Materiales para la discusión

Prólogo

El siguiente texto es el resultado de un curso realizado en el DEI, San José, en el Seminario de Investigadores realizado en los meses de agosto hasta Noviembre de 2006. En este curso intenté efectuar algo como una síntesis de muchos trabajos anteriores. Pero lo que me resultó, no era en realidad una síntesis y mucho menos un sistema. Cada vez más me di cuenta que se me había formado un laberinto. Francisco Gutiérrez lo llamaría una chifladura. Por eso el subtítulo habla del laberinto de la modernidad. Las realidades que se dan en el interior de la modernidad resultan laberínticas, y, por tanto, el mismo pensamiento que trata captarlas llega a ser un gran laberinto también. Posiblemente toda realidad resulta ser eso, pero la modernidad lo es de una manera mucho más imponente y hasta más desesperante.

El laberinto, si es suficientemente complicado, es un lugar del cual resulta imposible encontrar la salida. Tiene una salida, pero hay tantos caminos que se cruzan y que van en curvas in sospechadas, que prácticamente la salida es imposible. Por eso es un lugar desesperante, si no hay orientación hacia la salida. De un lugar a otro un se mueve, repite caminos, descubre nuevos, pero ningún camino va a un lugar del cual se puede saber, cual lugar es. Parece haber algo, pero siempre resulta que este algo tampoco es lo que se busca como salida.

Ciertamente hay una salida. Si no la tuviera, no sería un laberinto, sino un infierno. Pero no está a la mano. Se ha entrado al laberinto, pero es imposible encontrar la salida. La salida está por dónde se entró. En el caso de la modernidad, la entrada al laberinto ha sido inevitable, porque no se sabía de que se trataba de un laberinto al cual se entró. Las promesas del camino parecían esplendidas, y una vez entrada, la salida se perdió.

Es espacio del laberinto no es infinito, pero el camino por el laberinto no tiene fin. Y hay que caminar por él, porque otro camino no hay. Al caminar el caminante cambia el propio laberinto; por eso siempre es otro. En el laberinto no hay orientación hacia donde. Por eso hay que salir siempre de nuevo para volver a entrar con orientación, hasta que esta se pierde. Hay que volver a salir entonces para volver a entrar.

Pero siempre hay que volver a entrar al laberinto de la modernidad porque no hay otro camino. No hay postmodernidad

En el mito griego del laberinto el héroe entra al laberinto y encuentra solamente de nuevo la salida, porque lleva consigo un hilo, que Ariadne le consiguió y que constantemente le permite saber, cual ha sido su caminar adentro. Por eso puede volver. En el laberinto de la modernidad hace falta también este hilo de Ariadne, para poder volver y conseguir desde afuera la orientación para poder seguir el camino adentro. Pero el hilo se gasta, y hay que volver siempre de nuevo para renovar o alargarlo.

Hay que buscar este hilo de Ariadne.

En el texto que sigue intento a encontrar este hilo de Ariadne, para no estar perdido en el laberinto que resulta ser el lugar en el cual nos encontramos. En el texto desarrollo esta búsqueda. Encuentro el hilo en un hecho, que marca la historia occidental y con el cual aparece lo que en el curso de la historia resulta ser la modernidad.

Este gran hecho es que Dios se hizo hombre, se hizo ser humano. Ocurre en el primer siglo y nunca más desaparece de la historia. Los muchos lugares del laberinto sin lugares donde aparecen las consecuencias y las conclusiones de este hecho, pero siempre se pierden de nuevo, nunca son suficientes, muchas veces son negados y constantemente se hacen irreconocibles para ser vuelta a ser asumidos a partir de otra salida del laberinto para volver con un hilo de Ariadne renovado.

Yo hablo del hecho de que Dios se hizo hombre, no de la fe o creencia. Se trata de un hecho perfectamente secular. Es un hecho antropológico. Efectivamente se trata de un hecho que podemos constatar. Evidentemente hay también la fe de que Dios se hizo hombre. Está en el centro del cristianismo. Tiene un forma religiosa y el hecho se produce – por lo menos, eso es muy probable - a partir de esta fe. Pero va más allá de la fe, porque también según la fe Dios no se hizo cristiano, sino se hizo hombre, ser humano. La paradoja del mensaje cristiano es, que Dios no se hizo cristiano, sino hombre. Desde el comienzo el mensaje cristiano va más allá de lo cristiano. El mensaje es, humanizarse, no necesariamente cristianizarse. La secularización del cristianismo es parte del mismo cristianismo, es su interior. El mensaje de humanizarse puede rebelarse en contra del mismo cristianismo instituido. Se le escapa al cristianismo constituido. Que Dios se hizo hombre se transforma en un hecho secular, antropológico. Eso está en la raíz de la herejías y el cristianismo es la religión de las herejías. El mismo Jesús es el hereje principal para el cristianismo

constituido. Las grandes emancipaciones de la modernidad – la del individuo, la de los esclavos, la de la mujer y la de la clase obrera – nacen del hecho que Dios se hizo hombre, ser humano. Pero todas encontraron en el cristianismo constituido un enemigo ferreo. El cristianismo produce las herejías para condenarlas después. Por eso estas emancipaciones, que todavía están en curso, no son cristianas, pero surgen porque Dios se hizo hombre.

A partir de eso se transforma en un hecho que penetra la sociedad entera y su cultura. Todo mundo mítico del occidente anterior se derrumba, pierde su sustancialidad y se transforma en un tesoro de sapiencia. Los dioses ahora son dioses alegóricos. El mismo Dios Yahvé cambia. En el cristianismo es ahora un Dios, del cual Irineo de Lyon dice: gloria dei, vivens homo. La gloria de Dios es el ser humano vivo. El mismo centro de Dios ahora es el ser humano y no al revés. El mismo Jesús dice: El reino de los cielos está entre Ustedes. Ya no está en el cielo, sino es ahora la interioridad de la inmanencia, su exigencia, la humanización del mundo y de cada uno. Si vuelve a aparecer un cielo en el más allá, es extensión del cielo en el más acá, su trascendentalidad. Sartre puede ampliarlo sin la más mínima contradicción: el infierno, eso son los otros. También el infierno está entre nosotros. Sartre lo dice en el tiempo de hoy, en el cual el infierno parece prevalecer. Pero escogemos, si es el cielo, que está entre nosotros o el infierno. Nuestra sociedad escoge el infierno.

Ya los padres de la iglesia hablan del deber de fomentar el cielo en la tierra. Dios se hizo hombre. Pero eso mismo aparece ahora en todas las corrientes del pensamiento, en el epicureismo, en el neo-platonismo. Lo que ocurre en estos pensamientos, presupone, que Dios se ha hecho hombre. Pero como hecho presente en la sociedad y su cultura, que cambió todos los parámetros de la vida humana.

Eso es muy claro en el pensamiento de Kant. Cuando quiere hablar de Dios, concibe a Dios como postulado de la razón práctica. Es ahora un postulado a partir de la vida humana, independientemente si se comparte el resultado o no. Un Dios, que se ha hecho hombre, aparece con este aspecto y no puede ser una sustancia independiente del ser humano. Como se hizo hombre, es parte de la vida humana. La imaginación de Dios es ahora la del ser humano en estado de perfección, y las imaginaciones son diferentes según el ser humano concebido es diferente desde una perspectiva o otra.

A partir de eso, toda historia hasta hoy gira alrededor de este corte de la historia occidental: Dios se hizo hombre, por tanto ser humano. Hazlo como Dios, humanízate a ti, a las relaciones con los otros y con la misma naturaleza. Si Dios se hizo hombre, por tanto ser humano,

también el ser humano tiene que humanizarse. Las grandes revoluciones del occidente – la revolución inglesa, la francesa y la rusa – se producen en este mismo contexto. Pero todo eso ocurre en el laberinto: Todo el tiempo nos perdemos en callejones sin salida, y tenemos que volver para encontrar camino. Es muy difícil discernir, si la humanización efectivamente humaniza hasta el punto de pensamientos contrarios como: “humanitas-brutalitas” o “quien dice humanidad quiere engañar” (Carl Schmitt y el fascismo). Y Primo de Riveira dice: Cuando escucho la palabra humanidad, tengo ganas de sacar la pistola. Pero todo presupone, que Dios se hizo hombre y que eso es un hecho que se nota por todos lados.

Es el hilo de Ariadne en el laberinto de la modernidad.

El texto aquí presentado trata de mostrar el desarrollo del hecho, de que Dios se hizo hombre y de sus consecuencias. Como introducción escogí un artículo con el título: Prometeo, el discernimiento de los dioses y la ética del sujeto. Reflexiones sobre un mito fundante de la modernidad. Este artículo apareció la primera vez en la revista Pasos del DEI, Costa Rica, en marzo/abril de 2005. Aquí está revisado y ampliado.

A esta introducción siguen los seis capítulos del libro. El primero presenta un análisis del cristianismo de los primeros siglos en términos de su polarización inicial, estableciendo dos polos en conflicto que se presentan más bien en términos de tipos ideales. Los presento como un cristianismo fundamental por un lado y su inversión en función del poder imperial. Espero que se reconozca con facilidad, que estos polos siguen vigentes hasta hoy a pesar de todas sus secularizaciones y transformaciones.

A eso siguen los otros capítulos, que ya se ubican en la modernidad propiamente dicha a partir del tiempo del renacimiento y de la conquista de América.

Dentro de estos capítulos se encuentran varios excursos. Siempre están vinculados con la temática de los capítulos, pero se trata de manuscritos más bien independientes que muchas veces rebasan el marco más estrecho de la temática del capítulo en el cual están ubicados. Creo que dan luces sin ser estrictamente necesarios para el argumento. Por eso se pueden dejar también de lado leyendo el texto sin ellos. Son pasillos del laberinto. La inseguridad sobre si efectivamente llevan a algo, es parte del laberinto.

En el marco de todo este conjunto quiero hacer ver, que este hilo de Ariadne efectivamente es valioso para ubicarnos en el laberinto de la

modernidad. Que Dios se hizo hombre, se transformó en un hecho. Claro, no es ningún hecho parcial en el sentido de los hechos de las ciencias empíricas. Es un hecho, porque se nos impone como un hecho, si queremos entender nuestro mundo. En este sentido es un hecho categorial, Es el marco categorial sin el cual no podemos ni seguir viviendo en nuestro mundo. No podemos no ver el mundo desde dentro de este marco categorial, pero muy raras veces tomamos ciencia de eso. Se trata de un velo, que esconde este hecho y hay que tratar de quitarlo.